

LA UNIVERSIDAD Y EL OCEANO PACIFICO FRENTE AL SIGLO XXI*

Jorge Martínez Busch
Almirante

Introducción

La universidad, como institución, es ciertamente un centro científico por excelencia que mediante la docencia, la investigación y la extensión permite, en el mundo de las ideas, impulsar hacia el futuro a la sociedad que integra. Si así no fuera no tendría sentido, ya que su razón de ser se encuentra en buscar la verdad trascendente entre el constante ir y venir de las ideas que cada ser humano se presenta respecto de sí mismo y de los demás. Así, la universidad es el foro en donde, en la exposición, en la escucha, en la meditación y en el intercambio, las miríadas de ideas se van decantando, sometándose al proceso de análisis y de pruebas, hasta identificar y seleccionar aquellas que debidamente respaldadas y sostenidas tengan el carácter de tales.

Es en este espíritu en que vengo a esta casa de estudios. Intentaré proponer a ustedes algunas ideas en torno al Pacífico ante el advenimiento del siglo XXI, esperando que ellas puedan contribuir a que las que resistan la prueba sean ideas fuerzas que, unidas al resto de los aportes de otros chilenos que integran esta comunidad, nos permitan ver con mayor claridad lo que nos depara este futuro. Este ejercicio tiene urgencia pues, inevitable e inexorablemente, el próximo siglo se hará presente en

nuestras vidas con una singular característica de cambios sucesivos y permanentes que llegarán con una velocidad creciente y cuyos efectos en nuestro desarrollo, tanto personal como colectivo, resultan difíciles de imaginar desde nuestra actual perspectiva. Con todo, si de algo estoy cierto es de la creciente importancia que adquirirá el océano Pacífico como centro de la actividad y de los intereses de los principales Estados del mundo. Aquí, en este hecho, radica el papel que debemos esperar de la universidad como organismo que ilumine el futuro.

Una homología oceanopolítica

Un ensayista francés planteó a fines de 1992 que el siglo XX era un siglo perdido. No lo decía en cuanto a la ciencia ya que sin discusión su avance en este siglo ha sido inmenso y su expansión de tal magnitud, que bien podríamos decir que todo lo desarrollado por el pensamiento analítico y creador del hombre equivale a la letra A del abecedario del conocimiento ante lo logrado en los últimos cien años. A este respecto, su expresión más notable son los sorprendentes resultados observados y concretados en la técnica.

Sin embargo, sabemos que la ciencia sin el hombre no tiene sentido. Es desde esta perspectiva que se plantea que este siglo está

* Clase magistral dictada por el Sr. Comandante en Jefe de la Armada, Almirante don Jorge Martínez Busch, con motivo de la inauguración del año académico en la Universidad del Pacífico, Santiago, el 7 de abril de 1993.

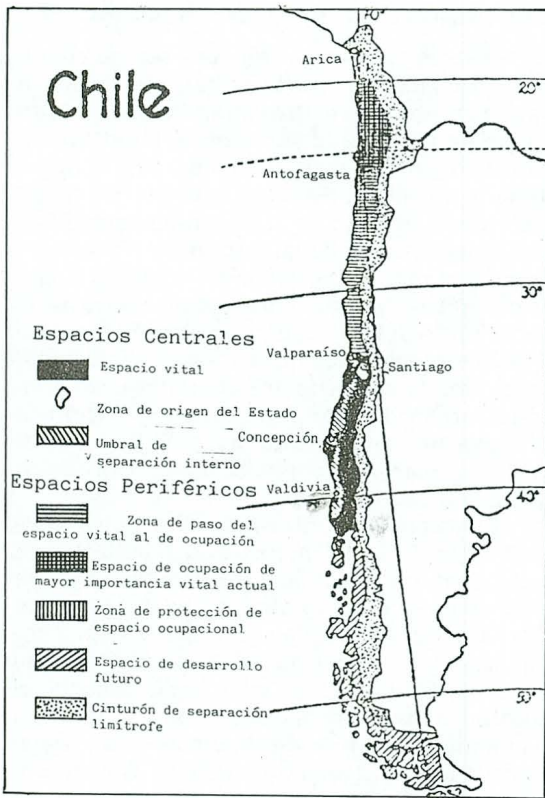
perdido. Es en la ciencia de las relaciones del hombre con el hombre como miembro e integrante de la polis en donde surge la gran carencia. Es en la política en donde el tiempo se nos ha ido sin provecho alguno, pues ella, como ciencia y como arte de conducir la polis, sigue atrapada en el problema del poder como meta. Porque, en último término, no ha contribuido al mayor bien común general, requisito indispensable que exige dirigir a la sociedad hacia este fin superior humano. Así, si miramos los Estados del mundo existentes en los últimos años del siglo XIX y los comparamos con los actuales actores políticos internacionales —los Estados-Naciones de nuestro mundo contemporáneo— vemos que casi no hay diferencias en los aspectos substanciales y centrales de su accionar en los planos interno y externo. Es como si la Humanidad, que debiera haber seguido un camino recto y ascendente en una creciente evolución, hubiera dado un círculo completo y vuelto al punto de partida desde donde arrancó el orden internacional al finalizar el siglo XIX y comenzar el XX.

El océano Pacífico no escapó a esta extraña línea curva. A comienzos de este siglo era mirado como el mar del transporte y del intercambio. La necesidad del canal de Panamá para acortar las distancias entre el mundo del Pacífico y del Atlántico era imperiosa. Japón, China y Rusia zarista resultaban mercados enormes e intocados para el mundo occidental. Australia y Nueva Zelanda comerciaban activamente con la metrópolis londinense. El Reino Unido, Holanda, Alemania y Francia operaban y penetraban en China, Malasia, Indonesia, Japón y en la totalidad de la Polinesia, Micronesia y Melanesia. En las Filipinas, la presencia de Estados Unidos era buscada y deseada por los estrategos y políticos de ese país.

Sin embargo, entre 1908 y 1910, un profesor, geógrafo militar, descubre la importancia futura del océano Pacífico. Por esos años se desempeñaba como asesor militar del Ejército Imperial Japonés. Me refiero al impulsor de la geopolítica germana, Karl Haushofer. El percibe claramente la importancia del océano Pacífico y así lo expresa en su libro *Geopolítica del Océano Pacífico*, escrito sobre la base de sus experiencias y visiones de este océano, al que observa desde el borde asiático, con criterio de Oficial de Estado Mayor, envuelto en un ambiente en donde la confrontación entre las potencias del momento era la tónica de todo el quehacer profesional. En esta obra, Chile merece una especial atención en su capítulo XI, tanto por el hecho de estar en el extremo occidental de la cordillera de los Andes, en la América del

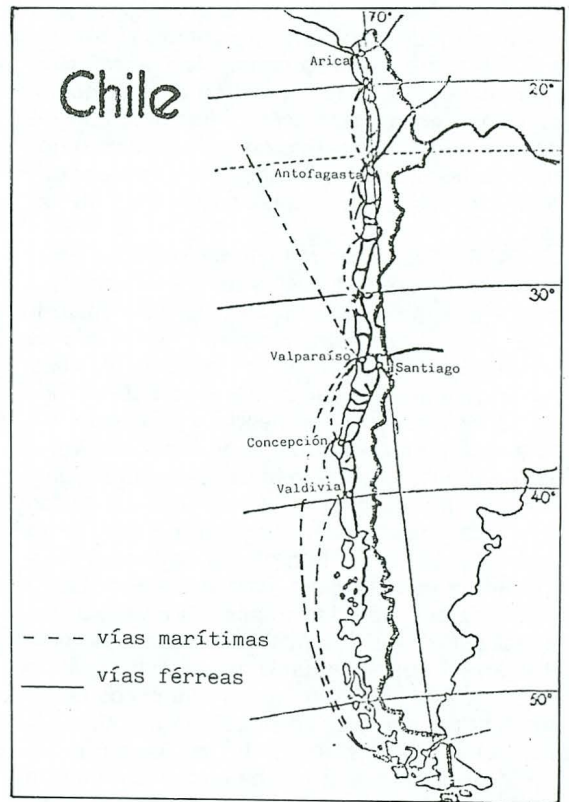
Sur, como por su mayor longitud entre las latitudes norte y sur y tener una posición privilegiada como país que domina el punto de confluencia del tráfico marítimo que converge hacia el estrecho de Magallanes. Debe recordarse que al momento de la publicación de la primera edición de dicho libro, en 1924, el canal de Panamá ya estaba afectando el tráfico que concurría por el estrecho de Magallanes, aunque no en la medida que ocurriría posteriormente al avanzar la década de los años 30 y hasta nuestros días. Al observar los mapas que utiliza Haushofer para graficar sus ideas en torno a Chile, puede advertirse que lo señala como una isla unida y articulada por medio de las líneas de comunicaciones marítimas, siendo su zona corazón el área comprendida entre Valparaíso, por el norte, y Puerto Montt, por el sur. En su visión general de la costa oeste de América analiza el otro extremo y se centra en el área de California, ubicando como áreas vitales o zonas corazones a las ciudades de San Francisco y Los Angeles. Tales análisis muestran una definida identificación en la costa oeste del continente americano de sólo dos áreas terrestres importantes y con futuro: Una en el norte y otra en el sur. Al medio queda la zona de confluencia constituida por el canal de Panamá y sus vías de aproximación, como punto estratégico mundial, área que por sí sola no puede ser considerada como gravitante en el desarrollo de la masa continental al constituir un paso artificial. Geopolíticamente hablando, Haushofer visualizó sólo dichos dos centros de desarrollo en la extensa línea costera del borde americano del océano Pacífico.

Los invito a retener esta imagen, pues ella es la visión que se tiene desde el Asia cuando se mira a América. Desde 1910 a la fecha, transcurridos más de ochenta años desde que estas ideas fueran expresadas, la geopolítica general giró en torno a la confrontación permanente entre las potencias que quisieron prevalecer unas sobre otras. Si se coincide en que el siglo XX será en definitiva un siglo perdido, éste debiera ser caracterizado por el concepto "poder", palabra que fue, en última instancia, la idea fuerza que impulsó las dos guerras mundiales. La dirección de los grandes esfuerzos hechos para participar en ellas y en todos los conflictos que siguieron, permite explicar por qué hoy, en este océano Pacífico, son visualizadas las mismas áreas terrestres potenciales de hace ochenta años. Pareciera como que aún se estuviera esperando que en ellas ocurriera algo que las hiciera emerger como consecuencia de sus reales potenciales; ese algo debe ser necesariamente el concepto "desarrollo". Lo que



Estructura geopolítica de Chile

(Ambos mapas fueron reproducidos del original, las leyendas fueron traducidas para facilitar su comprensión.)



Estructura de las comunicaciones de Chile

quiero significar es que si no se hubiera desgastado nuestro mundo en dos guerras de alcances mundiales y en todos los conflictos menores que las precedieron y siguieron, el desarrollo real —no el actual— de estas áreas de América sería insospechado e inimaginable.

Cuando hablo de homologías geopolíticas me refiero a que, al ser modificados los poderes políticos que gobiernan Imperios o grandes Estados, sus pueblos vuelven casi inexorablemente a tratar de ocupar nuevamente los mismos espacios terrestres que tenían antes de integrarse al Imperio o de formar parte de aquellos poderosos Estados. Esto es así porque la razón o ligazón que los obliga a estas uniones políticas es el empleo del poder y de la fuerza, en donde la extensión territorial es un objetivo buscado y deseado por el Estado más poderoso. No en vano Haushofer desarrolla una visión geopolítica sobre la base del poder; mira a los Estados europeos ocupando el borde del océano Pacífico para acrecentar su dominio y penetración sobre los pueblos de otras culturas y razas, en vez de instar al desarrollo.

Por esta razón ahora me refiero a la homología oceanopolítica: El espacio oceánico para el desarrollo y no para el poder. Las áreas identificadas en el borde del océano Pacífico no han cambiado; siguen estando China, Japón, Rusia, Australia, Indonesia, etc., pero ya no parecería estar en juego *per se* el poder de un Estado sobre otro. La búsqueda de las utopías que hiciera efectiva esta palabra atrasó el reloj histórico en ochenta años y produjo dos guerras mundiales, ambas desarrolladas en gran medida en el Pacífico. La geografía siguió siendo la misma, pero se perdió el tiempo para crecer y progresar como la potencialidad de este océano y su borde costero realmente lo permitían. La lucha entre Estados sirvió, además, para agotar moralmente a Europa, dificultar el desarrollo a través de la guerra fría, afectar el esfuerzo del más poderoso Estado del Pacífico y llevar al Occidente a mantener una preocupación casi excluyente sobre el océano Atlántico. Con ello, éste —al final— se convirtió en un océano prematuramente explotado y peligrosamente agotado.

En dichas condiciones, terminado ahora este intermedio caracterizado por esas confrontaciones, estimo que corresponde avanzar decididamente para ocupar y utilizar el enorme espacio que encierra el océano Pacífico, con un manejo enérgico y activo del concepto oceanopolítico desarrollado por parte de todos los conductores de sus respectivas sociedades ribereñas.

Al finalizar estas reflexiones relativas a homología oceanopolítica, resulta oportuno recordar que —desde el punto de vista histórico— cada vez que nuestros conductores nacionales consideraron al océano Pacífico como un espacio que había que ocupar por medio de la actividad comercial y del transporte para obtener su desarrollo y progreso, la República adquirió un crecimiento sostenido y permanente que la hizo ser la admiración de los demás Estados de América y Europa. Este es un hecho típico de la homología oceanopolítica aplicada a nuestro caso. Para lo anterior basta tener presente aquellas frases de Enrique Bunsler (*Crónicas del Pacífico*), en las cuales dice: “De joven conocí aquella frase luminosa de Portales, que por algo fue armador: Los chilenos tendrán que ser un pueblo comerciante y mariner. Del mismo modo, las palabras de María Graham, que no en balde fue la mujer de un marino inglés: Chile deberá ser una nación naviera o no será nada. La historia nacional nos enseña, entonces, cuán proféticamente habían pensado el uno y la otra. O’Higgins y Portales hicieron de Chile una nación marinera y comerciante que con su incipiente capacidad económica y sus pequeños veleros de segunda mano fue capaz de ser la primera de Hispanoamérica en intercambiar relaciones comerciales con la India, Oceanía, California y Australia. Mientras su bandera flameó en esos lejanos confines, el chileno gozó fama de ser un pueblo emprendedor y audaz de esta parte del mundo. Y ese prestigio y los provechos que la navegación reportó a la economía hicieronle merecer, a la más pobre de las antiguas colonias españolas, el apodo de la Inglaterra chica del Sur”.

Hoy en día, con los avances de la técnica, no sólo el mar es espacio de intercambio sino que es un espacio que puede y debe ser ocupado. Esta es la diferencia fundamental entre la visión del siglo XIX y la visión que ahora se nos ofrece.

Sin embargo, pese a esta evidencia histórica —que hasta ahora perdura— no es fácil comprender sus posibilidades. La dificultad está en entender el sentido del espacio oceánico. En razón de ello a continuación me referiré a esta materia.

La comprensión del espacio oceánico

Hay un hecho que debiera ser percibido como origen y causa de la indiferencia colectiva hacia el espacio terrestre y marítimo en nuestra sociedad, el cual a la vez explica una despreocupación generalizada por el cuidado de la naturaleza que nos rodea. Este hecho se centra en el desconocimiento de la geografía, tanto local como nacional, regional o mundial. Para comprender el sentido del espacio —máxime si éste es oceánico— el estudio y el conocimiento de la geografía resultan fundamentales. Es en esta función especializada de la docencia universitaria en donde se encuentra el primer paso concreto para incorporar al proceso de creación de la mente un pensamiento que, imaginando soluciones, permita ocupar el espacio oceánico que nos rodea.

El efecto más grave de una geopolítica basada en la lucha por el poder es la forma como es mirada la utilidad del espacio terrestre y oceánico en el cual vivimos. Con esa perspectiva la geografía se aleja del diario vivir y comienza a ser una ciencia del grupo que busca el poder, trastrocando su objeto de conocer el entorno natural en que vivimos y la relación que tiene con la función de preservación de la sociedad organizada como Estado. Obviamente, no se trata de que el territorio no deba ser defendido: Todo lo contrario, pues éste es defendido y conservado mediante el desarrollo de su espacio, para permitir el crecimiento y progreso del grupo humano que lo habita.

Si la comprensión del espacio terrestre es difícil y notoriamente tergiversada, más lo es comprender el espacio oceánico. Esto requiere un desarrollo adicional basado en otras ciencias que refuercen a la geografía. Así, debe ser incluido el estudio de la oceanografía, la meteorología, la geología y la minería submarina, la biología, la navegación y todas las ciencias aplicadas que hacen posible su ocupación y explotación. Se genera de este modo el concepto de unidad que diferencia al elemento océano del elemento tierra, lo que plantea como requisito básico para comprender las posibilidades que abrirá el océano Pacífico en los próximos años, una preocupación activa e integrada de la universidad para dar esta visión unitaria del espacio oceánico. A lo anterior debe agregarse que el concepto de unidad del océano lleva aparejado también el concepto de su fragilidad y su posibilidad de degradación si no es cuidado en cuanto a su conservación y limpieza.

De lo expuesto pareciera entonces que es necesario crear un profesional con una visión global del océano que coordine las informacio-

nes que le aportan las demás disciplinas, probablemente como la única manera para que la sociedad avance en el desarrollo y crecimiento del Estado ribereño en esos espacios.

Los cambios en los objetivos estratégicos

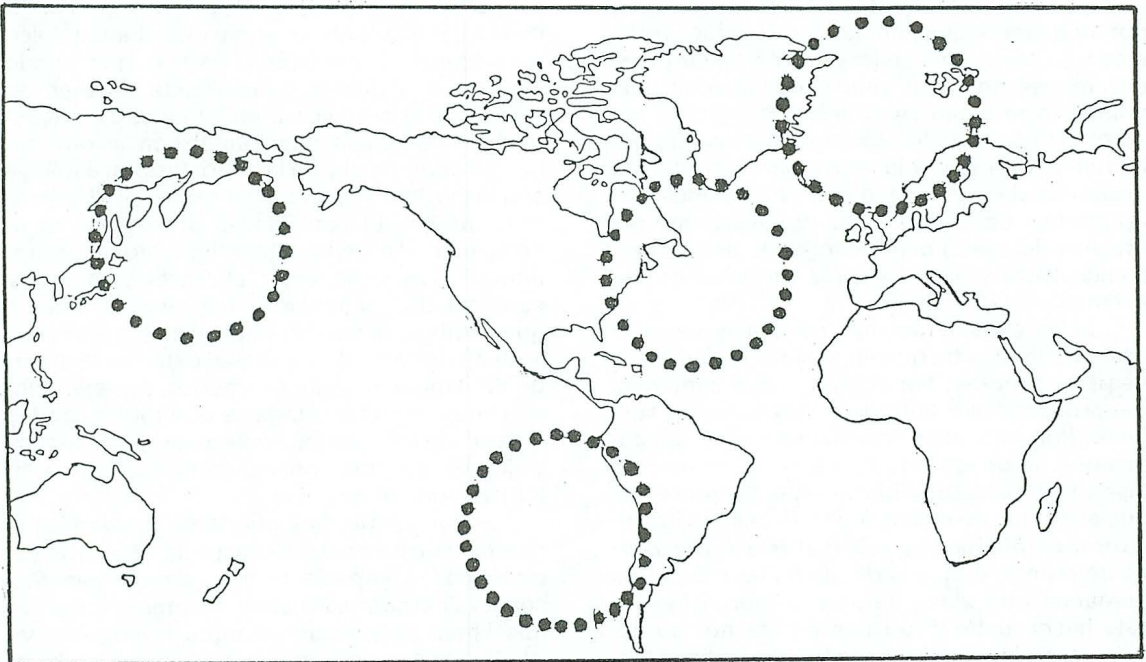
En las relaciones internacionales entre los Estados siempre han existido áreas que tienen como características político-estratégicas construir también objetivos valiosos para otros Estados, máxime si en esos entes prima el concepto del poder y no el de desarrollo. En la visión clásica de las potenciales áreas de conflictos, una de las más comunes es aquella que permite el control de los pasos oceánicos que separan a los continentes de los océanos. La estrategia naval llama posiciones a estas áreas; desde ellas se acciona sobre los estrechos y canales que permiten que el tráfico marítimo mundial fluya de un continente a otro. El océano Pacífico se caracteriza por tener un mayor número de pasos y estrechos que cumplen estas condiciones, en comparación con los demás océanos. El estrecho de Magallanes, el mar de Drake, el estrecho de Malaca, el estrecho de las

Sonda, los estrechos que separan Indonesia de Australia, los pasos interiores en el mar de la China, los estrechos del Japón, el estrecho de Behring y el canal de Panamá son permanentes áreas potenciales de conflictos y se convierten en puntos sensibles ante el menor asomo de alteración de sus regímenes de tránsito y soberanía.

Hoy día estos objetivos estratégicos no han cambiado, como tampoco lo han hecho las rutas de navegación que unen los grandes centros poblados que hay en las costas del Pacífico. Igual cosa ocurre con los grandes campos petrolíferos que son explotados en su lecho y que constituyen clásicos objetivos de intereses económicos.

Sin embargo, hoy este océano nos presenta cuatro nuevos objetivos que serán causas de posibles crisis y conflictos. Los señalo, a continuación, con el propósito de advertir la necesidad de tener una perspectiva nueva para que el profesional en formación cree respuestas que eviten que estas crisis y conflictos ocurran.

—El primero es la pesca oceánica o de alta mar, que hoy ya tiene importancia estratégica y como tal constituye un objetivo de esa categoría. En un análisis somero de este objetivo se presentan dos aspectos: Uno se relaciona con



En el mundo existen cuatro áreas de pesca principales: Las aguas del Pacífico norte, entre la costa oriental de Japón y la península de Kamchatka; las aguas del Mar del Norte entre las costas de Noruega e Islandia; las aguas del oriente de Canadá y Estados Unidos y las aguas del Pacífico Sur cerca de Perú y Chile.

la existencia y volumen de las pesquerías que hay en el Pacífico y el equilibrio necesario en su explotación, lo que debe llevar a una extracción cautelosa y a una conservación cuidadosa de las masas biológicas que hay en estas áreas. Desde la década de los años 80 está comprobado que la sobreexplotación es una realidad y que la extracción indiscriminada conduce a la desaparición del recurso, en cualquier área donde sea hecha la sobreexplotación.

La ventaja del océano Pacífico es, desde luego, su inmenso espacio, pero esto no lo salva de este abuso. Como ejemplo de que esto ocurre habría que mencionar la desaparición de la pesca de alta mar en el mar de la China o la larga discusión de los convenios derivados de la necesidad de no interrumpir los ciclos biológicos del salmón oceánico en el Pacífico del norte por la fragilidad de este medio. Tenemos entonces que en los acuerdos y en la regulación de dichas áreas es en donde está el primer punto de importancia para los Estados que quieren acceder a ellas. Si no son regulados cuidadosamente los accesos y las cantidades, se generará una serie de crisis y dificultades que pueden terminar en conflictos armados, como ya ocurrió años atrás en Europa con la pesquería del bacalao.

El segundo aspecto de la pesca oceánica, que quizás es el que causará las mayores crisis por su extrema sensibilidad, es el valor proteínico y su efecto en la alimentación de las grandes masas humanas que caracterizarán a la población mundial en el próximo siglo. El número creciente de los seres humanos que poblarán la Tierra será la causa para impulsar la búsqueda de nuevas fuentes de alimentación, acción que dará a las áreas de pesca, hoy día muchas de ellas poco explotadas, una importancia decisiva en el interés nacional de los Estados.

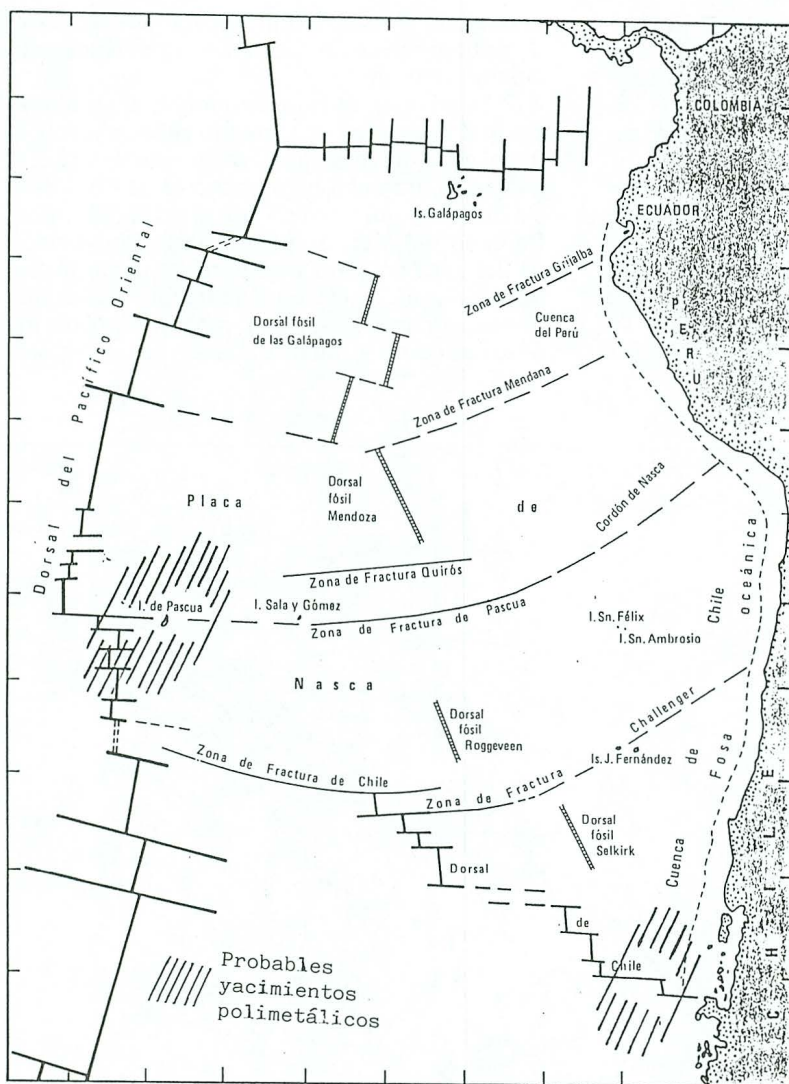
Estas consideraciones generales llevan a sostener la idea de que en el siglo XXI las áreas de pesca tendrán, por sobre el valor comercial del producto que entreguen, un valor de sustento. Por esto, ellas son vitales para los Estados que no tienen otra fuente de alimentación disponible para su población que las proteínas que extraigan de dichas áreas. El océano Pacífico es el último recurso mundial de alimentación en un mundo donde cada día habrá más seres humanos que alimentar. La comprensión de este hecho debe traducirse en un intenso esfuerzo por desarrollar todas las alternativas técnicas que hagan eficaz y posible la pesca, sin destruir las fuentes desde donde ella es extraída.

—El segundo nuevo objetivo de importan-

cia estratégica se encuentra en la minería submarina existente en las grandes llanuras abisales y en las laderas de montañas y cañones submarinos. La explotación de los fondos avanza más rápido de lo que es posible imaginar. En el Pacífico norte ya hay concesiones de alta mar para explotar los extensos campos de nódulos de manganeso y de barros auríferos de las laderas de los cañones continentales. El impacto de estos metales así extraídos, de una u otra manera, afectará a los actuales países mineros, especialmente al Perú, Chile y Rusia. Por lo tanto, se trata de un punto de posibles conflictos en donde hay mucho que perder si no se prevé con tiempo una acción que —dada su naturaleza— básicamente se origine en la universidad, tanto en la docencia como proceso de información y difusión de realidades y posibilidades, como en la investigación como método de averiguación de la posibilidad real de su ubicación, extracción, procesamiento y aplicación.

—El tercer objetivo de importancia estratégica se halla en las reservas de agua dulce que se encuentran en las costas antárticas que dan al Pacífico y que ya se están vislumbrando como posibles áreas que provean de hielo suficiente para abastecer áreas densamente pobladas, a un costo menor que los sistemas de evaporación industriales en uso hoy en día. Ya en el Medio Oriente se prevé que el agua dulce será una de las próximas causas que puede llevar a una guerra generalizada. Si bien es cierto que esto no se ve tan inmediato en nuestro continente, está relacionado con la contaminación superficial y de la atmósfera, en especial con la pérdida sostenida del ozono en el hemisferio austral. El conflicto se presentará en la determinación de los procedimientos para ponerse de acuerdo entre el Norte y el Sur y convenir qué actividades hay que eliminar o qué cambios deben ser hechos en los procesos industriales a fin de superar el deterioro profundo del ambiente. Este se traduce, por ejemplo, en cambios meteorológicos que modifican las estaciones y varían las áreas que reciben nieves y lluvias, con los consiguientes aumentos en los períodos de sequías.

—Por último, hay que tener presente que dentro de este nuevo aspecto de objetivos estratégicos la limpieza del agua de mar pasará a constituir el cuarto objetivo. Mantener los océanos libres de polución porque la limpieza va unida directamente con los procesos de cultivo, será una de las respuestas técnicas posibles para compensar las pérdidas de masas biológicas por exceso de extracción, pues las aguas limpias permiten el cultivo de variadas espe-



Océano Pacífico suroriental. Relieve submarino

cies. Si bien este problema está relacionado directamente con el primer objetivo estratégico que he mencionado, por su gravedad y por su complejidad lo he puesto como el cuarto objetivo estratégico. En él la defensa o la denuncia de las grandes acciones industriales que están contaminando el agua de mar, indudablemente va a llevar a conflictos y crisis que sin duda también podrán degenerar en conflictos y crisis violentas.

Cuando se habla de objetivos estratégicos, también deben ser miradas las ciencias políticas. El actual océano Pacífico presenta muchos más Estados independientes que los que existían al término de la Segunda Guerra Mundial.

Hoy día, los territorios del Triángulo Polinésico y los de la Melanesia y Micronesia han perdido, en la casi totalidad de las islas, su condición de posesiones. Son Estados independientes y autónomos, con voz y voto en la comunidad internacional, y figuran en todos los organismos que existen en las Naciones Unidas. No importando su tamaño y población, son Estados soberanos y, por lo tanto, actores políticos en el accionar mundial.

El conocimiento y el estudio de las realidades que encierran los archipiélagos de la Micronesia con sus Estados federados, la Melanesia con Papúa-Nueva Guinea, las islas Salomón, Tuvalu, Vanuatu, Fiji, Wallis y Futuna, Togo, Mauro y las islas Gilbert y la Polinesia con Tokelau, Samoa Americana, isla Cook, Kiribati, isla de la Línea, la Polinesia francesa y el grupo Pitcairn, resultan indispensables. En su virtud es posible dimensionar las potencialidades que encierran los territorios oceánicos de estos Estados, que proyectados en un mapamundi ocupan más extensión territorial

que toda la América del Sur; por lo demás, no debe olvidarse el conocimiento de las realidades de Estados como Nueva Zelanda, Australia e Indonesia, que existiendo desde hace más tiempo, tienen la mayor importancia.

Para la universidad este conocimiento tiene especial interés, porque le permite estudiar, especialmente en el espacio de interacción de Polinesia, Melanesia y Micronesia, un tipo de intercambio y de acercamiento cultural que permita integrar a los habitantes de esas islas a nuestro sistema y establecer con ellos relaciones que fructifiquen en un mayor y más intenso intercambio. El estudio de estas áreas y su inclusión como espacios políticos es una de

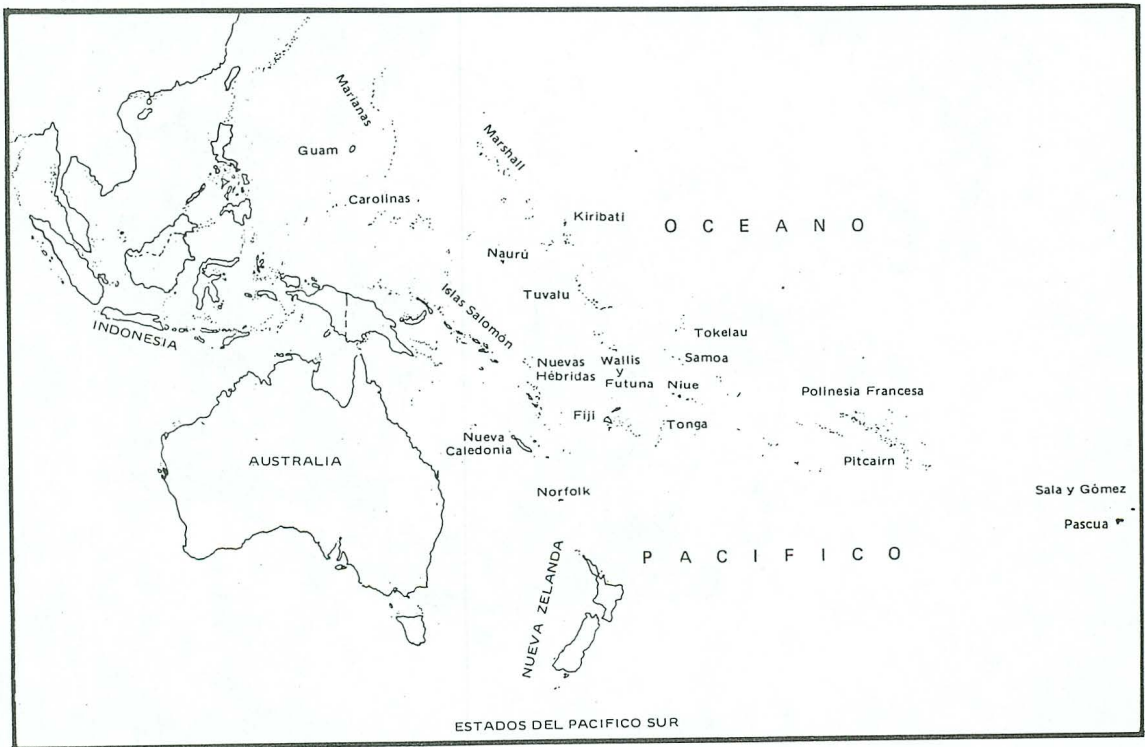
dos al derecho marítimo nuevos conceptos y presentar soluciones posibles que hagan realidad la coexistencia de todos. Se trata de otro desafío vital que requiere del esfuerzo de todo el mundo académico, pues constituye una tarea superior en la cual la universidad no puede estar ausente, ya que con su decisiva participación en la confrontación de ideas se irá avanzando en forjar una herramienta fundamental que requerirá la Humanidad en el próximo siglo. Corroborar la importancia de esta tarea el hecho de que en el próximo siglo se vivirá una explosión demográfica que muchos científicos han llamado "la bomba humana". En esa sociedad la única forma de vivir, de convivir, va a ser a través de una regulación de las relaciones humanas, basadas fundamentalmente en el derecho como la norma objetiva que haga posible esta convivencia. Ustedes pueden imaginar los efectos benéficos de esta solución en el océano Pacífico, escenario donde se van a producir los mayores conflictos en torno a los intereses que someramente he señalado.

Un supuesto indispensable

El océano Pacífico es un desafío. Para

aceptarlo y resolverlo se necesitará de personas con una moral y una visión trascendente de la vida. Es aquí donde cifro mis mayores esperanzas cuando hablo de universidad. Es en la formación de las personas en donde estará la clave para ocupar los espacios oceánicos y utilizarlos en aras del mayor bien común general de nuestros compatriotas. El medio no es fácil, se requiere reciedumbre espiritual que haga soportar el fracaso y ella se obtiene en la constancia de cada día. Quienes salgan a ocupar tales espacios deben moverse primero por deberes y sólo al final exigir derechos. La acción en el mar es esencialmente una acción de equipo, de grupo, en donde uno debe mandar y los otros deben obedecer y donde el trabajo personal es parte de la seguridad de los demás. Aquí las relaciones entre las personas requieren un respeto profundo, representado en normas comunes de relaciones, traducidas en modales, tratos y buenas costumbres. En el mar no hay éxito si no se aprecia al compañero como la pieza más valiosa del engranaje y en donde la debilidad no puede ser motivo de menoscabo o ridículo sino de comprensión y apoyo.

En este espacio oceánico se da una curiosa dicotomía: Junto a los espacios exteriores



magníficos, inmensos, sobrecogedores, se vive en los reducidos espacios del puente, el camarote o la máquina y se descubre que la única forma de convivir es a través de la constante comunicación con los demás, en una búsqueda del conocimiento y de la cultura que haga variada e interesante la convivencia, acompañada de momentos de recogimiento y meditación, pues la fe religiosa es una necesidad sentida como vital.

Lo expresado no es fácil que hoy en día se dé. Pero, si la universidad se caracteriza por recibir a la juventud, período de la vida que es

el más rico en atención y que se caracteriza por tener deseos de recibir y aprender todo lo que el mundo y la vida académica puedan entregarle, es posible entonces que se produzca esta formación, tan necesaria para que el hombre se plantee la empresa de ocupar el océano.

Se trata, entonces, de ofrecer y dar esta formación. En ella se encuentra la mayor contribución que la universidad puede hacer al siglo XXI. Con ello se hará posible ocupar y utilizar el océano Pacífico, espacio que constituye, con la mayor certeza, el lugar de nuestro crecimiento y grandeza.

